

Quiero ir a la escuela

Beatriz Espejo

Para Agustín Monsreal

*Dying
Is an art
Like everything else
I can do it exceptionally well*
Sylvia Plath

Estimada Aurelia:

Le escribo esta carta con retraso porque he roto varios manuscritos y aún no sé cómo empezar. Le diré entonces que nunca he comprendido la resolución de los suicidas, aunque estuve cerca de engrosar la lista. Por alguna causa en la mayoría de los casos el deseo de vivir, de no perder la vida, resulta muy poderoso. El cuerpo es obcecado en su resistencia a sacrificarse siguiendo los mandatos aniquiladores de la mente y a pesar de señales alarmantes no creí que Sylvia llegara a tomar esa salida. Le diré también que su muerte me causó una especie de parálisis. Todavía no me recupero. En mi cabeza le doy vueltas; pero sigue azorándome. Por los fragmentos de su diario adolescente, que usted me hizo llegar y que ella nunca prosiguió, entiendo que acusaba desde el principio una personalidad demasiado compleja, rechaza la idea de hacerse mayor, dejar atrás la infancia (imaginemos lo mal que hubiera aceptado la madurez para la cual no estaba destinada) junto con una curiosa y oscura aversión al matrimonio y su carga de infinitas obligaciones (como si supiera lo que le traería consigo), cocinar tres veces al día en menoscabo de sus ansias intelectuales o la inexorable jaula de la rutina y los hábitos mecánicos. Lo paradójico de todo es que hasta en estos detalles pequeños tenía claras contradicciones, propias por otro lado de su juventud oscilante. Y propias también de su temperamento. Quizás esta suerte de perenne inconformidad, de no sentirse a gusto en ninguna parte sino durante cortos periodos de tiempo, se debía al

afán perfeccionista cada vez que emprendía una tarea por pequeña que fuera.

Era una extraordinaria cocinera como pudimos constatar quienes probamos sus filetes y pasteles o aquellos memorables pichones servidos en cacerola de barro, arroz y salsa de cebolla, ajo y pasas. Sabía disfrutar los buenos vinos y se esmeraba por compartir esas virtudes; además, los escritores necesitan una cierta rutina que ella respetaba o anhelaba respetar para darle cima a sus propósitos. Y respecto a esos hábitos mecánicos que la asustaban, usted y yo tenemos la experiencia. Nadie logra una fiesta perpetua aunque sea bello y talentoso y viva en París como el joven Hemingway; pero tiendo a pensar que esa idea negativa del matrimonio quizá se engendró viendo la relación de sus padres. No pudo entenderla. El marido de usted, rey de las abejas por sus conocimientos sobre el tema, le llevaba demasiados años y al final, supongo, se había vuelto impositivo. Echámosle la culpa al carácter germánico.

Además Sylvia pregonaba sus propósitos de conseguir una libertad para la que no estamos predestinados. Ansiaba ser libre, conocer gente, andar por el mundo y trazarse pautas de conducta distintas a las que hasta entonces se había trazado; pero no supo cómo hacerlo, se forjó cadenas y alguna vez intenté convencerla de que no diera zancadas sino pasos cortos y seguros. Le hubiera gustado ser omnisciente, estar al mismo tiempo en varios lados; sin embargo se imponía deberes demasiado altos incluso para su estatura de un metro setenta y cinco centímetros y su afinado peso de sesenta y un kilos. Usted y yo sabemos, puesto que fui su protectora en momentos fundamentales de su vida, que se esforzó desde el principio con afanes agotantes. Le urgía ver su nombre en letras de molde desde que mandaba colaboraciones a revistas como *Seventeen* sin importarle cuántas veces hubieran sido rechazadas. Su constancia, que creímos más

duradera, venció la tozudez de los editores y al fin sus colaboraciones fueron impresas y festejadas; pero incluso éxitos tan tempranos no la hacían escritora profesional.

Cuando decidí apoyarla para entrar a Smith College, me mandó numerosas cartas con las cuales intentaba demostrarme que era la mejor opción elegible de cuantas se me presentaban. Me habló de su situación familiar, incluyendo la muerte de su padre cuando sólo tenía ocho años y su hermano cinco, y de la magnífica relación que llevaba con usted empeñada en impulsarlos a ella y a su otro hijo Warren hoy médico ¿verdad? para desarrollarse y terminar sus estudios en buenas universidades. Le parecerá curioso que se lo cuente ahora, pero esa circunstancia inclinó mi decisión a favor, por una añeja nostalgia. Aunque no sufrí problemas económicos y hasta la fecha he vivido con el dinero suficiente para pagar becas, a pesar del amor que nos unía, nunca disfruté una relación de mutua comprensión con mi madre. Hasta hace unos días fue una viejecita inválida necesitada de ejércitos de sirvientes destinados a cumplirlle cualquier capricho de mujer acostumbrada a imponer su voluntad. Procuramos organizarle una existencia más tolerable en medio de sus achaques. Casi no se entendía lo que hablaba porque su voz se debilitaba y para ella era un milagro despertar cada mañana. Entretanto sólo al verla tan ensimismada en sus problemas, metida en un sopor, hacía que yo le rogara a Dios, al destino, a mis hados protectores no conocer el mismo fin. Aunque ése es el pago

del cuerpo por vivir tantos años. Tuve la fortuna de una madre por noventa sobre sus espaldas, pero jamás conversamos. Ni en relación con mis preocupaciones intelectuales o mis amores ni en relación con ninguna otra cosa de mi interés. Salvo contadas veces, excepcionales veces. No mostró correspondencia cuando quise explicarle mis necesidades. A cambio oí casi todas las suyas y, mientras le escribo, estoy consciente de que cuando murió no la pude conocer cabalmente como sucede siempre con todos los seres cercanos. Lo último que logró decirme fue te quiero y esas dos palabras se me quedaron en el alma impresas como si me hubiera lanzado una maldición. Me llenaron de ternura y entendí lo horrible de mi pérdida. De pronto no abrió ya los ojos llenos de miedo y muerte y sentí el peso de la orfandad, sin importar que desde hacía mucho me encargaba de cuidarla. El corazón nos juega malas pasadas. A últimas fechas ella me demostraba un cariño inmenso. Yo era toda la seguridad que le quedaba y confiaba en mi palabra sin dudarla un segundo. Por eso y por muchas otras cosas más su partida ha sido muy dura. La rememoro a cada instante y todas las noches tengo pesadillas que no me dejan descansar y ando como sonámbula, con sueño a todas horas. Recuerdo la última imagen de mi madre dentro del féretro en su pijama rosa, el cabello canoso peinado hacía atrás y su rostro, antes tan bello, marcado por profundas ojeras azuladas, la piel pegada al cráneo y un crucifijo dorado entre las manos que le pusieron en



Lucien Freud, *Sala de hospital*, 1941



Lucien Freud, *Muchacha con gatito*, 1947

la agencia funeraria. Y al contarle esto recuerdo también mis caricias a su cara y los besos que le di aunque ya no podía sentirlos, los besos más amargos que nunca he dado. Una plancha de granito me impide respirar. Y entiendo a los estoicos cuando decían que después de la muerte no hay nada. Oscuridad y silencio. Se necesita ser muy fuerte para prescindir del consuelo que nos da imaginar a nuestros seres queridos en compañía de ángeles que los cobijen bajo sus alas después de que sus almas abandonen el túnel luminoso.

Me detengo aquí para explicarle por qué no había recibido noticias mías a pesar de mi costumbre de escribir cartas, largas cartas con las que su hija y yo nos comunicábamos cada vez que ella encontraba pretextos. Casi siempre me informaba sobre sus éxitos intermitentes pero constantes. Le contestaba complacida por su agradecimiento, asombrada por sus ansias de distinguirse y figurar, envidiosa por la relación que mantenía con usted quien incluso se daba tiempo para pasarle a máquina escritos y llevarlos al correo buscando suerte en distintas publicaciones. Sin embargo al parecer todas las madres tienen, junto con el privilegio de concebir, la desgracia de equivocarse. Y el tiempo ha demostra-

do que usted, como tantas otras, se ha equivocado. ¿En qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Estoy segura de que eso mismo se lo ha repetido muchas veces sin encontrar exactamente su error.

Desde el principio Sylvia me confió la esperanza de conocer a un muchacho que no fuera un patán y tuviera la virtud de hacerla flotar por el mundo entre brumas rosadas. Procuré no decepcionarla explicándole las verdaderas realidades del amor tal como las entiendo según mi experiencia de mujer madura. Soy alguien que ha recibido mucho y que a la vez entiende lo poco que es eso. He vivido las tres cuartas partes de mi existencia, veo mi hermosura alejarse desde una playa desierta, me esfuerzo en comprender las necesidades ajenas y sólo he conseguido ya no levitar ante las ilusiones.

Sylvia me escribió en un telegrama: “ahora soy una chica Smith”, como si fuera el principio de algo radiante. En su momento sentí lo mismo la primera vez que entré a mi dormitorio arreglado con objetos personales, abrí el clóset lleno de prendas compradas a mi gusto y escuché una cátedra impartida en esas aulas idealizando a los maestros. La blusa se me pegaba al cuerpo con el sudor y apenas tomaba notas, las letras bailaban sobre la página en una danza frenética. Jamás experimentaré otra vez esa emoción y Sylvia me la traía renovada.

Luego de muchos contratiempos mi secreto fue saber que de la desdicha nace dulcemente la alegría y quizá por el dinero, heredado de mis padres y abuelos, en mí había menos ansias por demostrarle nada a nadie. Sylvia se agotaba físicamente. A veces pienso que este sistema escolar nuestro vuelve a los estudiantes muy vulnerables, como si tomaran parte en una competencia olímpica y se frustraran si no llegaban con la medalla de oro sobre el pecho. Me contó de una amiga suya que había guardado pastillas para dormir y navajas pensando en el suicidio porque no obtenía buenas calificaciones. Intentó calmarla, creo que con éxito. Nunca volvió a comentarme nada, o tal vez la chica regresó a su casa para una cura de reposo. Si fue así, debió juzgarse una perdedora. Le he dado vueltas al asunto pensando que su hija anunciaba algo personal y terrible, su propia fragilidad. Fui incapaz de entender el mensaje aunque también sufrí de una depresión nerviosa y estuve en un sanatorio donde por suerte un gran filósofo, además de médico, ayudó a recuperarme.

Sylvia quería estar en la escuela, sacar las mejores notas. Se sentía en desventaja económica ante sus compañeras. En el fondo ansiaba probar que las niñas pobres valen más que las ricas consentidas. Poca gente a las que haya conocido le daba tanta importancia al dinero y al mismo tiempo gozaba gastándolo y se proponía construir una fortuna y escribir sin presiones. ¿Pasó mucha escasez en su infancia? ¿La vio a usted esforzarse para sacarlos adelante? Y como era tan ambiciosa y perfeccionista

nista, junto con el éxito profesional intentaba el triunfo en el amor. Pensaba que el destino le serviría en charola de plata al muchacho con quien congeniaría. Como ante la página en blanco, sólo admitiría relaciones perfectas, me lo dijo varias veces. Mientras tanto yo leía sus cartas que comenzaban: Estimada señora Olive Higgins Prouty, gracias por pagar mis ochocientos dólares mensuales, no la defraudaré. Querida Mrs. Prouty voy a publicar en el *Atlantic*. Amada Olive, acabo de publicar un cuento en *Midemoiselle*. Adorada amiga Olive, mis poemas han sido aceptados en el *New Yorker*, usted será famosa y su altruísmo no pasará inadvertido... Querida Olive Higgins Prouty le demostraré que en efecto escribo y estará contenta de haber acertado al ayudarme. Insistía cuando yo no dudaba de mi acierto. Estaba absolutamente satisfecha con la decisión tomada. A veces pensé que formábamos a una excelente académica; luego reconvine. Sylvia era demasiado personalista para conformarse dedicando su vida solamente a los demás. Se proponía sobresalir como creadora. Por eso después duró tan poco en Smith siendo maestra y renunció a la cátedra a pesar de que hizo buen papel. Le atribuyo a su marido haber tomado esa decisión sin buscar siquiera una buena excusa lo cual le impediría recuperar su puesto si en el futuro lo necesitaba nuevamente. Se alejaba de los asideros que le hubiéramos tendido en su crisis e intentamos brindarle por varios medios a nuestro alcance, pero teníamos el océano de por medio. Lejos de nuestro país Sylvia se creía una exiliada, leía periódicos, se involucraba en política, en decisiones nucleares, tomaba partido; sin embargo también quería ser una esposa perfecta y le daba gusto a Ted que nunca estuvo bien entre nosotros y en Inglaterra hallaba más contactos y posibilidades para proseguir su vida como de hecho la ha proseguido. Y, usted lo sabe mejor aunque no lo haya puesto por escrito, había en ella algo propio de los temperamentos perturbados. Pasaba con demasiada facilidad de un estado de ánimo a otro en reacciones ciegas y emocionales, planeaba una cosa y al poco tiempo cambiaba opiniones y se dejaba abatir por la inseguridad y el miedo al sentirse estúpida y hundida. Se enteró de que un compañero de su hermano en Exeter se había suicidado. Le impresionó mucho y me telefoneó para contármelo. Y a la vez me explicó que casi había hecho lo mismo debido a una materia en la que necesitaba aprender de memoria fórmulas odiosas e inútiles parrafadas. Perdía la razón ante el problema y sólo se le ocurría ponerle punto final abriéndose las venas. Tuvo que recurrir al psiquiatra de la escuela y esa vez me repetía que cualquier pequeña decisión o acontecimiento le parecía un obstáculo insalvable que le borraba todo sentido a su futuro y hasta me dijo que de nada serviría un tiempo de calma contra el mal que llevaba dentro. Procuré convencerla de que todo era causado por su fatiga, su lucha queriendo sobresalir y, a pesar de que yo



Lucien Freud, *Muchacha desnuda riendo*, 1963

había sufrido algo parecido debido a otras circunstancias, traté el asunto como una chiquillada. Aposté a su peculiar sentido del humor. No encendí la luz de alerta y de cualquier modo solía imaginarla con un brillo de firme decisión en la mirada y el cheque que salía de mi cuenta cobraba alas y llegaba presuroso hasta el banco de la escuela.

Le resultaba pues insoportable la idea de ser mediocre. Mejoraba cada día sus textos y, según ella, afinaba su sensibilidad para el placer. Hay quienes tienen problemas y se los cuentan a una persona comprensiva; existen otros que sólo exhiben sus problemas materiales fácilmente superables. Siempre me habló de los primeros mostrándome su mejor cara y a lo mejor con usted hizo igual para no preocuparla demasiado; pero quizá por mi añeja y parecida experiencia sobre nervios quebrantados ante sus excesos de optimismo permanecí en guardia. Por desgracia no lo suficiente.

Comentaba con extrañeza que algunos muchachos se asombraran de que fuera inteligente sin ser fea (aunque nunca le gustó su nariz). Se permitía soñar hermosos sueños. Adecuaba sus esperanzas a la idea de “pescar a una pareja” que la aceptara empeñada en quedarse algunas



Lucien Freud, *Muchacha en cama*, 1952

horas sola para dedicarse al trabajo artístico. Esperaba, como casi todas hemos esperado, una pasión larga y compárida y adelantándose a su edad aguardaba un hombre que en la vejez le dijera con una cautivante voz líquida lo linda que aún era. Me extrañaba que acostumbrara anticipar de tal modo los acontecimientos; pero la llama de su inteligencia se adelantaba al porvenir sin tener, nadie la tenemos, una bola de cristal. Y de cualquier modo hasta entonces sus amores siempre quedaban en letras de molde y no llegaban a concretarse por pretextos que ella misma buscaba. Intentaba ser más receptiva para esa gran pasión, la única que anhelamos casi todos los seres humanos. Esa pasión que se escarapela como las paredes de una casa en ruinas. Y le resultaba fácil convencerse de su propia inutilidad cuando no estaba cerca de nadie que la hiciera sentirse deseada y querida.

Siempre supe que en Sylvia había algo distinto, sin descubrir tanta angustia, se lo digo honestamente avergonzada por mi ceguera al no descifrar pistas que desde

su adolescencia dejaba tras sus pasos. No era como otras muchachas fascinadas cuando consiguen ir solas o en compañía de galanes a fiestas llenas de omnipresentes camareros sirviendo champán en tiendas con los techos tapizados de follajes y tarimas donde la orquesta toca una música suave y ellas piensan haber llegado a la plenitud. En muchos casos no se equivocan. Ésos serán sus momentos culminantes recordados a lo largo de los años. Haber experimentado un golpeo expectante por dentro es un privilegio. Ansiosa como era, Sylvia se proponía entender las sensaciones amorosas y hasta los dolores del parto. Creía instruirse por conferencias impartidas en las aulas, sin darse cuenta de que allí nadie enseña nada verdaderamente importante. Nadie enseña a ser esposa, madre, amante, hija. Y otra vez la paradoja, releía sus escritos y los criticaba y encontraba defectos y se proponía mejorar; pero no aceptaba que en cualquier historia por fantástica que sea se esconde un germen de realidad sólo cabalmente aprendida de primera mano. Lo terrible fue que acabó aprendiéndolo demasiado dolorosamente para su fragilidad. A usted y a mí sus dotes nos deslumbraban y, a pesar de ser mujeres con mayores conocimientos de las cosas, la dejábamos golpear contra las paredes de la celda que se construía.

El episodio ocurrido al terminar su primer semestre en Smith nos dejó perplejos. Usted me lo corroboró al contarme que el desafortunado incidente de no haber sido aceptada a un curso sobre cuento corto en Harvard la hizo palidecer, le puso en la cara una expresión desesperada y acabó con lo que supusimos su habitual alegría. Vociferó una serie de autoacusaciones, arguyó que había defraudado a sus protectores, sobre todo a mí, y perdió el rumbo hasta el punto de meterse mar adentro para ahogarse y luego de aplicarse con clases de taquigrafía imposibles para su letra deshilvanada, tuvo una creciente sensación de fracaso e inferioridad que en su correspondencia me resultaba absurdo pero que propició, usted lo sabe mejor que yo puesto que permaneció cerca, su decisión de tomarse pastillas y encerrarse en el sótano de donde milagrosamente la rescataron. Entonces ¿qué le digo? el verano fue un desastre. Ingresó a una clínica para que le prescribieran tratamientos de electrochoques e insulina. ¡Dios santo! Al enterarme, procuré verla en el sanatorio pero me pidió esperar porque al salir en la oscuridad del sótano se había golpeado la cabeza, casi perdió un ojo y se deformó la cara. Mi antigua crisis propició entre nosotras una especial intimidad. Al mes me permitió visitarla. Fuimos a comer juntas, estaba muy bonita con su traje azul de falda y chaqueta y el pelo bien arreglado. Almorzamos en un restaurante cercano y nos detuvimos en varios puestos de frutas antes de regresar al hospital. Yo tenía cita con la doctora quien me comentó que los tejidos de Sylvia resultaron los mejores del taller, aunque ella me había dicho que eran espan-

tosos. Más tarde me los mostró hechos con exquisito cuidado. Al despedirme, me dijo que le gustaría tener un libro para principiantes sobre las combinaciones de Culbertson en el *bridge*. Ese mismo día se lo mandé rogándole en una tarjeta que no lo convirtiera en otro motivo de naufragio si perdía una partida. Sin hacer alusión a mi broma, me confió que a pesar de las deslumbrantes escapadas a bordo de conve rübles amarillos para comer en lugares elegantes, su naturaleza la inclinaba a ser poco original y puritana. Al restablecerse necesitaba disociarse de la muchacha vestida de gris, con ropas prácticas y pelo castaño, responsable y pendiente del reloj, que sólo bebía agua y comía ensaladas y en los exámenes entraba al reino del pánico. Hacía esfuerzos para sobreponerse de sus constantes desánimos y sus cartas, insistió y usted lo habrá notado, iban de la euforia al desaliento. Alguna vez me confió que en su familia eran propensos a despertarse por las noches reprochándose pequeñas nimiedades y a dejar que observaciones crueles o imprudentes se les clavaran y se convirtieran en úlceras o cosas peores.

Regresó a Smith con el cabello oxigenado, a mi juicio no le sentaba bien. Trataba de ensayar una personalidad *aven t u r e r a*. En sus horas libres pasaba muchos ratos jugando cartas con algunas condiscípulas, incluso de primer ingreso, y procuraba convencerse de que al morir nadie inscribiría sobre su tumba las notas escolares recibidas ni se aludiría a sus libros favoritos ni a su amabilidad con alguna persona ni a su deslumbramiento frente al océano. Aunque eso hubiera demostrado que había estado viva. Y así ha sido. Se dedicó también a leer cuentos de autores amados y a su infaltable Dostoievski por requerimientos de su tesis sobre el otro yo que llevamos dentro. Y ahora que también vivo un duelo personal he recapitulado sobre esa segunda personalidad que Sylvia soportaba y acabó venciénola en desigual pelea; pero jamás entendemos la trama de una buena película hasta que en la pantalla no aparece la palabra fin.

Seguía saltando obstáculos, ganando reconocimientos y premios de los que invariablemente me informaba, lo mismo que a usted, cosa por la cual la mantuve cerca y me involucraban sus triunfos. La felicité cuando la aceptaron en Cambridge para hacer una licenciatura de honor con la automática maestría. Pensé entonces que a pesar de sus tropiezos había encontrado el camino definitivo hacia el éxito tan ansiado.

Me mandó una de sus cartas eufóricas diciéndome que cada callejón estaba impregnado de tradiciones, podía sentir la calma resultado de muchos siglos y se encontraba en el lugar más hermoso del mundo. Desde la ventana de su dormitorio, se lo habrá contado, veía el jardín con los árboles al fondo y grandes cuervos sobrevolando tejados coronados por chimeneas. De manera que pude imaginarla recorriendo en bicicleta la ciudad,

vistiendo lindos suéteres, con el cabello al viento y su flequillo revoloteando sobre la frente, visitando los distintos *colleges*, extasiada en King's Chapel con su techo como encaje y vitrales de intrincados dibujos, conociendo el Puento de los Suspiros y los Backs, la ribera del río lleno de embarcaciones deslizándose aguas arriba y abajo. Y lo mejor de todo, concurrendo asiduamente al mercado en la plaza lleno de sus puestos de frutas, verduras, libros y antigüedades. Hizo un alto en ese *tio v i v o* de diligencias para explicarme lo dichosa que era y manifestarme un nuevo interés, actuar en escena. De manera que volvió a la carga presentándose en las pruebas hasta lograr que le dieran un papel para experimentar el entusiasmo durante la preparación de una obra. No me confirmó entonces si fue aceptada; pero de seguro ganó el puesto. Nunca le faltó el don de la palabra cuando quería persuadir; también quería viajar al Continente en busca del Mediterráneo dejando de lado el frenesí de ser brillante y exitosa sin aspirar, como me había prometido, a la perfección inmediata. Quince días después volvió a escribirme manifestándome su deseo de redactar sencillos relatos sobre lo que conocía, sin olvidarse del matrimonio porque, reconvino, le gustaba la vida doméstica y no se sentía destinada a ser erudita como sus victorianas profesoras; una, pegada al hueso imponiendo distancia desde su mirada adusta; otra, regordeta y bajita hasta el grado de necesitar escabeles para alcanzar la sopera. Me habló de hijos futuros, de que podría ser moldeadora de almas infantiles y darles un intenso cariño además de sus dotes pedagógicas. Pensaba que sería buena madre y que aprendería mucho si enfocaba sus esfuerzos en esa dirección en lugar de pegar palos de ciego. Había terminado el ciclo de los premios estudiantiles y se enfrentaba a una etapa en la que no tendría un único objetivo concreto sino una graduación de objetivos. Era la vida adulta y a lo mejor sólo quería ir a la escuela, ser discípula en lugar de maestra. Se preguntaba si sería lo bastante fuerte para asumir sus dolorosas responsabilidades y el creciente martirio de la lucidez; pero quedaban repentinos destellos de alegría al establecer comunicación con personas o descubrir la bruma dorada de la aurora o enriquecer un manuscrito con pensamientos que jamás hubiera formulado conscientemente. Su carta me llegó antes de Navidad y me confortó en una época de profunda tristeza porque entonces mi madre empezaba a

Quando él se fue por la puerta,
Sylvia metió la locura como
invitada.

a debilitarse y entraba a un largo periodo esperando la muerte. Recordé para consolarme algunas conversaciones que tuvimos en mi saloncito con una taza de té y una copa de jerez y en Brookline Country Club el verano anterior.

El clima de Inglaterra no era el más adecuado para sus terribles resfriados que coincidían con su menstruación. Yo consulté a mi médico personal, le enviaba medicinas contra las bronquitis y estoy segura de que usted hizo lo mismo. Por eso, con una temperatura más benévola, durante su temporada en España se sentía tan contenta, podía respirar a pleno pulmón y tener la cabeza despejada como si un hada madrina hubiera lavado sus senos frontales. La sinusitis crónica le restaba energías necesarias para sobreponerse a mil dudas que le planteaba su voluntad artística. Reconozco mi complejo de inferioridad, por lo pobre, diminuto y presuntuoso de mis escritos, decía. Criticaba su trabajo con demoledora sinceridad. Y es que ante los grandes autores, los verdaderamente necesarios para cambiar el rumbo de la literatura, los demás desaparecen y acaban conformándose con una segunda fila. Esas dudas se les presentan a una inmensa mayoría que sin embargo continúan hasta donde su particular talento les permita. En cualquier caso no se escapaba de esa condena. Y por otro lado su creación era el asidero contra pensamientos pendulares que la llevaban a la cima de la esperanza o la desbarrancaban hacia el abismo de la desesperación.

Luego recibí una carta exultante como muchas otras tuyas donde me hablaba de una alocada fiesta para conmemorar la salida de la revista *St. Botolph's*. ¿Se acuerda usted? Allí conoció a Ted Huges que con un flechazo le inspiró una serie de versos como si hubiera descubierto manantiales. Un mes más tarde me confesó que estaba terriblemente enamorada. Había encontrado al hombre de su vida, el que la hacía flotar entre nubes rosadas, amadísimo diamante intocable. Lo describía como la persona más fuerte del mundo, excelente poeta cuya obra le gustaba antes de conocerlo, Adán desgarbado, medio francés, medio irlandés, y también con una buena dosis de granjeros de Yorkshire. Un bardo, un contador de historias como Zeus tonante. Un león mago, un trotamundos con su chaqueta de pana y los bolsillos llenos de truchas frescas y horóscopos. Decía que su buen humor era la sal de la tierra y que jamás se había reído tanto escuchando cuentos fantásticos sobre reyes y caballeros vestidos de verde. Había inventado fábulas de un pequeño hechicero parecido al tallo de una planta y le contaba sueños sobre zorros rojos. Por primera vez estaba dispuesta a darse por completo, su risa, sus escritos, sus proyectos. Y terminaba: ¡Ay, querida señora Prouty cómo me gustaría que lo viera y lo oyera para que estuviera de acuerdo conmigo! Y me confirmara abrazándome que sí, que hallé el amor para el que me sentía predestinada.

No me asombró que se casaran pronto en una ceremonia rápida y sencilla. Sólo me sorprendieron la hora y el lugar, la una y media de la tarde en la iglesia de San Jorge Mártir en Londres. Obtuvieron licencia del arzobispo de Canterbury, lo cual la emocionaba. Los norteamericanos veneramos añejas tradiciones británicas. Me dijo que lloró a mares y que afuera caía también a mares una lluvia de verano. Yo hubiera querido asistir; pero me informó que fue una ceremonia casi secreta con los testigos indispensables para no perder sus privilegios universitarios y que ni siquiera le había avisado a su hermano ni a usted aunque no tardaría en llegar a visitarlos. Decidieron no esperarla unos días, sin importarles su posible desagrado. Apelaron a su comprensión.

Estaban sumidos en la pobreza pero nada importaba. Después harían en los Estados Unidos una ceremonia solemne para proclamar su boda a los cuatro vientos. Evité cualquier consejo y le mandé mis parabienes junto con un regalo en metálico. Y me conmoví, yo también estuve enamorada hasta dar lástima por tanta indefensión. Fui un pájaro traspasado al vuelo que cayó sobre la tierra con el corazón todavía palpitante y los ojos desorbitados.

Sylvia veía a Ted circundado de luz, le resultaba gracioso remendarle calcetines. Encontraba hermoso que se encorvara, adoraba sus cuentos, sus poemas. Le encantaba usar zapatos de tacones altos y todavía ser más baja que su compañero. Me estoy volviendo repetitiva pero me asombraba que ahora fuera ella quien pasaba a máquina manuscritos. Se había conve rido en su agente para darlo a conocer en Norteamérica, me pidió como favor timbres de un centavo para circular textos suyos y de Ted y enviarlos a cuanta editorial y publicación se le ocurría. Ambos esperaban con el mismo nerviosismo los andares del cartero y saltaron de alegría cuando a él le publicaron su primer libro. Me contó que se quemó un cazo de leche mientras la llamaba a usted para comunicarle la noticia y que ventilaron la cocina abriendo ventanas.

Se había conve rido también en una promotora con un álbum donde pegaba recortes del periódico donde mencionaban a su esposo, sus nietos iban a disfrutarlos. Se llenó de proyectos y cantaba de alegría imaginando que tendrían siete hijos destinados a distinguirse como estadistas, científicos, intelectuales y lanzadores de discos. Nada le hubiera parecido poco para acrecentar su dicha. La llamé por teléfono y me dijo, seré una de las pocas poetisas del mundo completamente feliz de ser mujer, no una de esas frustradas imitadoras de hombres, que en su mayoría acaban destrozadas. Cantaré la fertilidad de la tierra y de su gente. Todos sus poros exudaban contento, lo mismo que sus palabras, mientras preparaba al atardecer la cena y Ted leía en voz alta trozos de Dylan Thomas y relatos celtas por los que supongo sentía inu-

sitada atracción. Comentaban sus obras y ella lo juzgaba su mejor crítico, a pesar de que hasta entonces, como podemos afirmar, se había bastado a sí misma en lo referente a su tarea. Se sometía a los consejos de Ted, aceptaba ciegamente cada sugerencia, los pasajes débiles o sobrantes, las líneas innecesarias. No me resulta raro que durante esa época hubiera hecho “El marido hipnotizador”. Mencionó ese cuento, convencida de que necesitaba tomar clases sobre hipnotismo para abordarlo con mayor conocimiento de causa. Sus líneas me hicieron sonreír. En realidad sólo necesitaba meterse en sí misma para darse cuenta de que estaba hipnotizada, entender el fenómeno que convertía a Ted en alguien amable, gentil, con una soberbia agudeza, con una visión fotográfica traducida a las letras. La más mínima de sus acciones se le convertía en tósigo que la llevaba a exclamar: ¡Mi dicha es completa, por fin! Qué frase tan ingenua para quienes ya hemos experimentado cosas parecidas; sin embargo nunca dejé traducir mi escepticismo ni procuré que se preguntara cuánto duraría el embeleso. Aunque en opinión de los clásicos los dioses ciegan a quienes quieren perder.

Metida en ropas abrigadoras, con pantalones y botas hasta las rodillas me escribió desde Yorkshire rescatando el paisaje de las Brontë, páramos de brezos monte abajo, entrecruzado con innumerables cercas de piedra negra. Una telaraña entre la que pastaban ovejas lanudas junto con pollos y vacas de piel manchada. Un feroz viento del norte golpeando la lluvia contra las pequeñas casas abastecidas por fuegos de carbón en los hogares, árboles con hojas como plumas y riachuelos escondidos entre matorrales. Me mandó de regalo varios dibujos y apuntes que hizo sobre esa visita. Los enmarqué considerándolos unos tesoros, a pesar del dolor que ahora me causan. Y, claro, también me hablaba de sus publicaciones en revistas comerciales o prestigiosas, siempre colocándose por debajo de su marido. Esa admiración la volvía muy femenina. Y entonces, cuando de verdad estaba metida en el asunto, no recordó sus diarios adolescentes ni le importaba tener muchos trabajos, ser ama de casa que horneaba tartas de manzana para invitados, presentar exámenes escolares y proseguir su propia creación en la que se proponía redactar novelas de trescientas páginas para las que necesitaba varios borradores; además se desempeñaba como secretaria de Ted, contestaba una correspondencia nutrida que recibía apenas comenzó a tener éxito, y soportaba molestias de embarazos asistida sólo por una comadrona. Sufría abortos y operaciones siempre añorando tener un lugar propio donde refugiarse y sin importar que ella misma aportara parte de los ingresos que necesitaban para subsistir, mientras Ted se la ingeniaba aislándose del trájín doméstico y ni siquiera sabía lo que iba a comer. Daba veredictos sobre el cordero a las hierbas finas servido con mermelada de menta

mientras Sylvia esperaba su aprobación sentada al otro lado de la mesa.

Procuró mantener la balanza equilibrada y admito que para actuar así, debe haber correspondencia. Los recién casados se leían mutuamente horóscopos a los que él se dedicó incluso profesionalmente para solventar algunos gastos, creían que cuando se unen Leo y Escorpión es como si se hubieran conocido en otra vida. Se tiraban el Tarot augurándose una felicidad interminable confirmada por los éxitos que ambos iban obteniendo y se dejaban leer las palmas de las manos casi santiguándose ante las adivinas que abundan en Inglaterra y se anuncian en cada esquina. Cuanto hacía por Ted irradiaba luz celestial, incluso planchar, y la sensación aumentaba a medida que se convertía en hábito; finalmente tenía el marido que no extrañara su necesidad de quedarse frente a la máquina de escribir o le reprochara su pasión por la lectura, puesto que ambos compartían una vocación que flotaba en el aire de su apartamento. Sylvia entendía de pronto el significado de la costilla de Adán y daba por cierto el pasaje bíblico que nos endilgaron creyéndose una Eva redimida. Agonizaba lejos de Ted. ¿Recuerda usted aquel momento en que no se encontraron en una estación de trenes y tomó un taxi bañada en lágrimas hasta que estuvo en sus brazos? Esa misma noche me llamó para contármelo. Aún estaba dormida cuando sonó el teléfono. Contesté algo azorada; pero la oí decirme, lo quiero más que a nada en el mundo y haría lo que fuera por él. Es un merodeador negro que un día será mi muerte. Tampoco entonces entendí su cabal significado, un día iba a confirmármelo de atroz manera.

Junto con su pasión, nacieron esos celos de mirada verde que nos impiden pensar, un temor apabullante de que alguien le arrebatara su posesión más valiosa. Cuando le propusieron que volviera a los Estados Uni-

Sylvia pregonaba sus propósitos de conseguir una libertad para la que no estamos predestinados. Ansiaba ser libre, conocer gente, andar por el mundo y trazarse pautas de conducta distintas a las que hasta entonces se había trazado.

dos para dar clases en Smith, me dijo que también la había despertado a usted para contárselo. Me llamó para evitar que me enterara por otros medios. Le dije que quizá podría mover algún contacto para que su marido obtuviera otra plaza en la misma institución gracias a sus publicaciones. Me rogó no intervenir, era terriblemente peligroso exponer a un hombre tan atrayente ante alumnas fascinadas por los profesores jóvenes y más si éstos están llenos de colorido y esplendor y despliegan un encanto vigoroso hablando de vampiros, nacimientos, guerras, problemas intelectuales. Y las estimulan para estudiar y escribir conduciéndolas hacia regiones del paraíso jamás holladas por simples humanos. Le confieso que oírlo me dejó boquiabierto; pero avivó mi deseo de conocer a tan singular criatura y cuando estuvieron aquí los invité a comer en el Hotel Plaza y me maravilló que Ted tuviera dos manos y dos pies como todos los hombres y que su conversación fuera tan inteligente como la de otros poetas amigos míos. Incluso me pareció frío y algo chocante como si dentro de mí se hubieran prendido focos de alarma.

Ella me divertía mucho más. Me reí a carcajadas con una de sus cartas, se puso a mugir frente a unas vacas que pastaban en el campo. Todas levantaron la cabeza mirándola extrañadas, la siguieron por el prado en un grupo de veinte en fondo hasta llegar a un portal de madera que le sirvió de sitio para recitarles durante media hora cuentos de Chaucer y cautivar a un público apiñado en torno suyo.



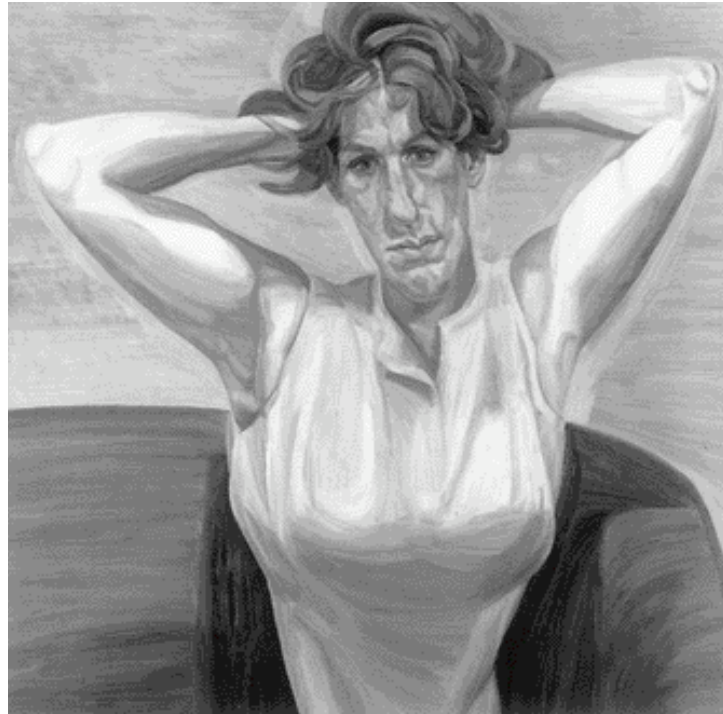
Lucien Freud, *Muchacha con abrigo de piel*, 1967

Fue curioso, el tiempo que pasó en los Estados Unidos mantuvimos poco contacto, quizá porque se mudaron varias veces, por haber adoptado la docencia como una pesada carga que le robaba tiempo a otras actividades y porque, usted misma me lo dijo, enfermó gravemente de una pulmonía viral. La salud siempre le tendía zancadillas. Ahora, llenando páginas y páginas de un tirón en una mañana invernal, fría y nublada, desde los ventanales, protegida por la calefacción, puedo divisar el césped cubierto de escarcha blanca y casi todos los árboles deshojados, con un chal sobre la espalda tejido por mi madre que me lleva a preguntarme si al partir sólo quedan de nosotros algunas pequeñas muestras de nuestro paso por la Tierra. Y me doy cuenta de las muchísimas cartas que le he escrito en el pensamiento, señora HATH, y de lo mucho que necesitaba tomar papel y pluma para dirigirme a usted e intercambiar opiniones y anécdotas. Sé que Sylvia sólo intentaba mostrarse como una triunfadora engalanada para ver a sus editores y firmar contrato de *El coloso* dedicado a Ted "la persona que la había alentado durante todas sus dudas y momentos sombríos" o embargada por el éxtasis si a su marido le concedían premios o becas importantes. Por eso ignoro si le habrá confiado que aquí el matrimonio comenzó a tener sus primeras fisuras. Después de esas batallas ella salía con los pulgares retorcidos y las mejillas coloradas y él con los lóbulos de las orejas desgarrados; pero se perdonaban tales arranques y seguían adelante y concibieron a dos hijos que ella amamantaba, atendía y llevaba al parque porque la mayoría de los hombres cultivan una enorme facultad para descansar; sin embargo, lo que parecía perfecto dejó de parecerlo, sus cartas o llamadas telefónicas no revelaban la vivaz ingenuidad de antes. Se complacía, eso sí, de haber elegido a un genio cuando todavía nadie lo había reconocido. Me mandó una fotografía con sus hijos en el regazo esperando el clic de la cámara; pero ella con un suéter negro y el cabello recogido no parecía contenta, algo la atormentaba a pesar de enormes esfuerzos por disimularlo. A lo mejor empezaba a preguntarse si era bueno traer niños al mundo avocados a la destrucción y si estaba capacitada para esas obligaciones formidables. Le faltaba el sol y seguramente por sus problemas respiratorios esperaba el verdor de mayo y sus deliciosos atardeceres.

Y luego esa idea de abandonar Londres para comprar en Devon una casa de campo inmensa, medio destruida. Necesitaba muchas composturas que ella acabó echándose encima. Como usted tomaba vacaciones en Inglaterra le aconsejé tomar su opinión antes de embarcarse más en esos seis meses oscuros luchando contra la humedad y la lluvia como los que Perséfone pasó con Plutón. Le pedí pensar en su salud y no confiar mucho en su resistencia. Me contestó que de seguro usted encontraría inconvenientes. Creía subsanarlos antes del

verano. Insistí hablándole de la distancia, del aislamiento, de que iba a sentir nostalgia por la ciudad como le ocurría siempre que dejaba cualquier lugar, síntoma inequívoco de los depresivos. Insistí, allí no había vida cultural, exposiciones, conferencias, películas que le gustaban tanto, amigos intelectuales cuya conversación la enriquecía; pero le alegraban los espacios, cuidar un jardín. Allí encontraba tesoros, jacintos florecidos entre hierbas, lilas y lirios de los valles, cerezos tan bonitos como los de Washington con capullos rosados y esponjosos. Se proponía cultivar flores, hortalizas y abejas que le proporcionaran miel para su consumo personal. La alentaba ver a su marido, que en ese momento creía morir entre la multitud, instalado en el séptimo círculo del paraíso, a pesar de que estaba abrumada por el traslado y por la escasez de los muebles con que pretendían llenar tantas habitaciones. Ted le había vendido la idea y ponía en segundo término sus opiniones para no defraudarlo. Me suplicó que los visitara pronto recomendándome un hotel elegante edificado encima de una colina. Poco después viajé a Londres acompañada por mi cuñada, les pedí encontrarme. Fue un acontecimiento afortunado. Volví a verla, encaminé la conversación sobre sus logros y quise simpatizarle a Ted aunque había de su parte tensiones escondidas. De cualquier modo los invité a quedarse conmigo en el Connaught, íntimo y con una hospitalidad antigua. Dejé mis obligaciones filiales y admito que aquellas semanas de agosto y septiembre me libraron de ver a mi madre acercándose a la tumba. Acepté pues comer con ellos en su casa de campo a los pocos días, la encontré organizada con las cortinas y paredes que Sylvia había cosido y pintado. Ted cambió de actitud, insistió en mi extinta apostura. Se parece a la actriz, decía. Y yo, es usted muy amable. Y otra vez, no qué va, me recuerda mucho a Olivia de Havilland. Sabía conducir la vanidad mujeril hasta lo alto de una torre y despeñarla luego; no pudo adularme porque conozco los recovecos de la convivencia. Me dijeron que al día siguiente irían a Irlanda para navegar y las cosas se desarrollaron con agradable cordialidad de manera que acallé mi suspicacia. Esa vacación debió responder a un propósito, aguantar hasta el final. Salvar del matrimonio lo que fuera, avivar sus rescoldos lejos de los niños y de la temida rutina.

Sylvia siguió entregándose por corto tiempo a sus labores diarias, a la crianza de sus pequeños, a sus poemas y prosas, a programas de radio que eventualmente le



Lucien Freud, *Figura con brazos desnudos*, 1962

ofrecían. Y la idea de ausentarse un día para grabarlos le parecía tan estimulante como ir de safari al África. En una carta me dijo, tengo cuanto deseaba en la vida, un marido estupendo, dos hijos, una casa preciosa y soy escritora. Por la fecha de esa nota creo, y usted me lo confirmará, que ya su relación estaba rota. Noté una voz nerviosa y frases confusas en algunos telefonemas que cruzamos y volvieron a ser frecuentes. Traté de preguntarle la causa y respondió evasiva sin embargo poco después me confió que se divorciaría y que usted estaba enterada. Los vaticinios del tarot y las cartas y los palmistas se equivocaron, dijo. Nada resultó cierto. Me vino a la imaginación un castillo de naipes con los que de jovencita jugaba al *bridge*. Las lágrimas arrasaban sus mejillas, exhibía ya sus sentimientos sin ponerse fieños. Estuve a punto de llorar con ella, apenas pude controlarme. La vía legal era lo mejor, no estaba dispuesta a continuar su existencia de mártir. En realidad Ted se había enamorado de otra escritora, Assia Wevill que incluso estuvo en De von como huésped, se llevó sus cosas y regresó a la capital sin voltear la cabeza. Cuando él se

Sylvia veía a Ted circundado de luz, le resultaba gracioso remendarle calcetines. Encontraba hermoso que se encorvara, adoraba sus cuentos, sus poemas.



Sylvia Plath

fue por la puerta, Sylvia metió la locura como invitada. Necesitaba angustiosamente niñeras para concederse el tiempo de escribir y demostrarle a su marido que era mejor que él y que su amante. Entraron también los requerimientos de dinero. Se lo enviábamos para que comprara ropa y recuperara lujos olvidados. Quedaban facturas pendientes, construirse una divertida libertad. Volvieron a sonar telefonemas a media noche. Me aseguraba estar contenta de que todo hubiera acabado. Tomaba pastillas para dormir hasta las cuatro de la madrugada en que despertaba y aprovechaba el tiempo escribiendo cuando los niños descansaban. ¿Hizo entonces *La campana de cristal*? y reforzaba su organismo con fuertes cantidades de vitamina C contra el resfriado. La posibilidad de caer enferma la aterraba, la soledad era su azote. Hasta sus amadas abejas símbolo de su padre se le echaron encima, en un descuido derramó azúcar y la llenaron de picaduras. Se sentía encerrada en un saco como si le hubieran arrancado la carne de los huesos. Era una luchadora peleando contra gigantes descomunales. Inventaba planes descabellados y sobre todo me insistía, convenciéndose a sí misma, que su vida no había terminado pues aún se convertirían en libros muchas

ideas. Prometió dedicarme una segunda novela. Le propuse regresar a los Estados Unidos costeándole los pasajes porque uno no se desmorona tan fácilmente junto a los seres amados. Rechazó esa propuesta casi con ira. Allá era famosa, una autora genial que formaba la lista de las seis o siete de habla inglesa capaces de perdurar. Me mandaba las notas sobre libros que redactaba para llenar la olla, como decía. La única solución era volver también a Londres. Entonces alquiló ese famoso estudio donde habitó Yeats cercano a un zoológico donde se divertirían sus hijos. Nuevamente la mudanza, las cortinas, el piso pintado por ella misma. Y el desconuelo ante la felicidad perdida, había sido tan feliz y tan estúpida y recibido un golpe terrible. Jamás se le ocurrió la posibilidad de una separación. Le insinué propiciar que usted la encontrara tomando el primer aeroplano. No tenía valor para verla después de haberla inmiscuido en escenas tremendas durante su última visita. Nunca me contó cuáles fueron. ¿Vio a la esposa perfecta en un arranque de celos abofeteando al poeta aclamado convertido en un enajenado en medio de jaloneos? Todo es posible. Ahora vivir separada de Ted le abría posibilidades desconocidas. Y la gripe y las dificultades y la necesidad de protección, soy escritora y sólo quiero escribir, es tan frustrante saber que si tuviera tiempo para estudiar, podría hacer algo de interés y me encuentro de espaldas a la pared sin posibilidades para leer nada, decía. Y luego, ella que perdía la razón ante una materia escolar e intentaba ponerle punto final abriéndose las venas, ella que se proponía ser la madre ideal hizo algo inaudito, preparó la charola del desayuno, la puso junto a la camita de sus hijos, fue a la cocina, prendió el horno y metió la cabeza dentro...

La señora Prouty se interrumpió de pronto, tomó un sobre dirigido a su interlocutora: Aurelia Schober Plath; pero no añadió el domicilio. Su carta no sería enviada porque la destinataria conocía todo o al menos casi todos sus comentarios y no parecía conveniente acongojarla más. Aparte, tampoco había conocido demasiado bien a Sylvia ni a nadie más. Se reprochó aprovechar esas líneas como desahogo para mostrar una intimidad que siempre había guardado. Pensó romper sus cuartillas y tirarlas al cesto de papeles pero las dejó sobre el escritorio. Recordó el crucifijo que su madre llevaba entre las manos, se preguntó si Sylvia había tenido uno semejante. Se entregó a sus lutos y paradójicamente confirmó que tanto la partida de su madre como la de su p rotegida eran asuntos particulares, intransferibles, que ella seguiría viva creyéndose todavía inmortal. La muerte es un asunto muy serio, se dijo. En el prado la escarcha comenzaba a deshacerse bajo rayos tímidos filtrados entre algunas ramas. No cabía duda, hacía un frío difícil de ahuyentar porque lo llevaba dentro. Se arropó con su chalina. La calefacción servía poco. **U**